

En donde el zorro al salir de su madriguera encuentra á la víbora
y piensa levantarle el destierro.

CAMINABA Garatuza envuelto en su manto con todo el aire de un cura que volvia de una confesion: muy avanzada estaba ya la noche, y sin embargo, encontró á dos ó tres transeuntes que se quitaron respetuosamente el sombrero al pasar á su lado.

Tomó Garatuza por la plaza de las Escuelas, que estaba delante de la Universidad, pasó por el costado derecho de este edificio, y llamó en una puertecilla que habia al extremo de la calle.

La puerta tenia un postiguillo que se abrió y se volvió á cerrar casi al momento; se escuchó el ruido de las *trancas* de la puerta, y Martin empujó y entró sin ceremonia.

Con un candil de barro alumbraba un hombre medio vestido y medio desnudo.

—Cierra, Zambo—dijo Martin sin quitarse el sombrero.

El hombre obedeció.

—Trae el candil.

El Zambo se acercó. Estaban en un cuarto bajo, sucio, sin

mas muebles que una cama vieja y sin colchon que servia de lecho al Zambo, y algunas estampas de santos verdaderas caricaturas, pegadas en la pared con papel mascado.

Martin se inclinó y levantó una tras otra hasta cuatro vigas de las que formaban el piso: debajo habia una especie de sótano lleno de fango negro y hediondo, entre el que se miraban algunos de esos animales repugnantes que se crian en México en lugares semejantes, y á los que por ódio á los criollos llamaron los españoles *mestizos*.

Martin, sin cuidarse de nada de esto, bajó allí y dijo al Zambo:

—Alúmbrame.

El Zambo se arrodilló en el pavimento y bajó la mano con el candil de modo de alumbrar debajo de las vigas.

Martin abrió con una llave que sacó de la bolsa de sus calzones, una gran caja que estaba allí oculta.

Aquella caja contenia trages de todas las clases de la sociedad, alhajas, piezas de plata y de oro; en fin, era lo que hoy pudiéramos conocer con el nombre de *bazar*.

Martin sacó de debajo de la sotana algunos platos y otras piezas de vajilla de plata, las depositó en la caja, cerró y salió de allí, acomodando en seguida las vigas cuidadosamente.

Despues se dirigió á la puerta, tomó del suelo una poca de tierra y la regó en el pavimento para borrar todo indicio de que aquellas vigas habian sido removidas de su lugar.

Se embozó despues hasta los ojos y dijo al Zambo:

—Me voy, ten mucho cuidado.

—Está muy bien—contestó el Zambo.

Iba á salir Martin cuando se oyeron pasos en la calle.

—Apaga la luz—dijo.

El Zambo apagó el candil y Martin abrió el postiguillo de la puerta.

Comenzó á aclarar ya la mañana y Garatuza pudo ver que pasaba un hombre embozado en una capa.

—¡Hola!—dijo Martin—yo conozco á este pájaro: es el que no queria que se difiriera el golpe, Don Baltasar de Salmeron.—¿A dónde irá su señoría tan temprano?

Los pasos se alejaron, y Martin, procurando no hacer ruido con la puerta, salió á la calle y se encaminó á palacio.

A poco andar advirtió un hombre que llevaba la misma direccion, y reconoció en el modo de andar al mismo Salmeron.

Acortó el paso por no alcanzarle, esperando que torciese para otra calle; pero Don Baltasar llevaba siempre el mismo rumbo que él.

—Vamos—dijo Martin—parece que nos dirigimos todos al palacio, sea en hora buena; allí se sigue él adelante y yo me quedo.

Pero Martin se engañó. Palacio estaba ya abierto y Salmeron entró por delante.

—¡Hola!—dijo Martin—¡en palacio el amigo! Esto me huele mal: veremos.

Y tomando por los corredores que conducian á la habitacion del virey, dejó á Don Baltasar dirigirse á la cámara en que estaba la secretaría.

Como era tan temprano, apenas estaban en pié algunos palafreneros: Martin sin hablarles se metió en su cuarto y vistió apresuradamente la librea, despojándose del traje clerical y quedando verdaderamente desconocido.

Aun no se observaba movimiento en las piezas de Su Excelencia, y Martin despues de cerciorarse de ello, salió por los corredores y se dirigió á la secretaría, procurando encontrarse con Don Baltasar.

Don Baltasar hablaba en voz baja con uno de los criados

que abrían las puertas de la secretaría del vireinato, y procuraba recatarse para que no le viesen.

Seguramente preguntaba por el virey ó por el visitador, porque al mirar á Martin, que ya era conocido entre la servidumbre por la confianza que en él habia depositado Su Excelencia, el criado dijo á Don Baltasar:

—Mire su señoría; con ese lacayo que viene puede V. S. informarse de todo, porque es el de todas las confianzas de S. E.

Don Baltasar miró á Martin y se dirigió á él sin vacilar.

—¿Podré hablar con Su Excelencia el señor marqués?—le dijo.

—Aun no está despierto—contestó Martin.

Don Baltasar pareció quedar muy contrariado.

—Si es cosa que os urge—dijo Martin, y creéis que vale la pena, podeis darme recado ó carta, que yo la introduciré á S. E., que para ello tengo autorizacion, sea cualquiera la hora en que me parezca conveniente.

Y Garatuza al decir esto se pavoneaba con todo el aire impertinente de un lacayo consentido de su señor.

Don Baltasar meditó un momento, y luego sacando una carta dijo á Martin:

—¿Me conoces?

—Solo para servir á V. S.

—Esta carta es sumamente importante y secreta, y debe recibirla solo y en su mano propia el señor virey, ¿entiendes?

—Se hará como mandais en el momento.

—¿Sabes leer?

—No, señor, por desgracia.

—Mejor.....

—¿Cómo mejor?

—Deja, hablaba yo de otra cosa: toma esta carta y entrégala á S. E.

—¿Esperais respuesta?

—Sí, pero quisiera que fuese en donde nadie me viese.

—Entonces, por aquí.

Y Martin llevó á Don Baltasar á uno de los aposentos de la habitacion del virey, en donde no habia aún persona alguna.

—Aquí estará bien su señoría, y para retirarse no tendrá sino tomar por esta puertecilla, y al fin del corredor encontrará una escalera que conduce al patio y cerca de la puerta de la plaza.

—Gracias; toma la carta.

Martin recibió la carta de manos de Don Baltasar y se entró á la antecámara del marqués.

El viejo se quedó pensando:

—Con razon el virey tiene á este hombre á su servicio; es una alhaja.

La antecámara de S. E. estaba enteramente sola: Martin la registró para cerciorarse, y luego se encerró por dentro, corrió la cortina de una ventana, y casi oculto entre sus pliegues para mas precaverse, abrió la carta y se puso á leer su contenido.

Era la denuncia mas completa de la conjuracion y de sus autores, todos los planes y la mayor parte de los nombres, con notas y advertencias tales, que el visitador ó el virey no tenian sino que creer aquella carta y proceder con la conciencia tranquila contra los acusados.

El denunciante terminaba pidiendo misericordia por hallarse mezclado con aquellos hombres y protestando que lo habia hecho solo por seguir mejor su marcha, y dar parte de todo á los representantes de Su Majestad.

—Víbora—dijo Garatuza doblando cuidadosamente la carta y ocultándola en su seno;—víbora, yo te *levantaré el destierro* que te impuso Dios al venir al mundo, yo te volveré á tu patria celestial.

Y procurando tomar un aire natural, volvió á donde habia dejado á Don Baltasar.

—Ha leído Su Excelencia la carta—díjole por lo bajo.

—¿Y qué dice?

—Que os da gracias, pero que extraña que no mencionéis en ella la resolucion tomada anoche.....

—¿Cuál?—preguntó Salmeron, olvidando que hablaba con un criado.

—Que á resultas de la llegada allí de un clérigo, acordaron reunirse en la noche de hoy los principales jefes en la casa del Cristo, á las once.

—La ignoraba yo.

—Su Excelencia dice que os advierta que no falteis allí, porque sabe por otro conducto que se tratará de enviar un comisionado al príncipe de Nassau.

—Puede ser, y no faltaré.

—Y que mañana á estas horas os recibirá.

—Muy bien.

—S. E. encarga muchísimo el secreto y la reserva.

—Entiendo, y me retiro, que es ya de dia claro.

—Por aquí—dijo Martin mostrándole una puerta—y por aquí vendreis mañana; os esperaré.

Don Baltasar salió por donde le indicó Martin, y á poco andar se encontró en la calle.

Martin se asomó á verle por una ventana, y con una sonrisa de burla exclamó:

—Víbora, víbora, con razon me parecias desde el principio un mal hombre: vive Dios que con todo y mi mala fama

y mi sobrenombre de Garatuza, no soy yo capaz de hacer lo que tú haces; pero esta noche me las pagarás todas juntas.

—Y se entró precipitadamente, porque había sonado la campanilla con que acostumbraba llamar el virey.

S. E. había despertado y necesitaba á Martin para vestirse.

... como la sacaba y los vecinos pudieron examinarla á su sabor sin encontrarle defecto.
 Talia en aire tal de candor y de pureza, que parecia que aquel cuerpo tan bello encerraba una alma muy bella.
 La sencillez y la elegancia de su traje proporcionaban á una dama de calidad y su color y la suavidad de sus rasgos indicaban que llevaba into por algun momento muy...

XV.

En donde se ve hasta qué grado puede ser peligrosa la vecindad de una muchacha bonita.

Los balcones de la casa de Don Pedro de Mejía daban precisamente enfrente de los de la casa enlutada.

En esa misma mañana los lacayos de Don Pedro de Mejía advirtieron una novedad en la calle.

Frente á la casa de Don Pedro habia una casita pequeña y humilde que estaba hacia mucho tiempo deshabitada, y que por esa razon habia permanecido cerrada, sin mas vecindad que un viejo zapatero que la cuidaba.

En aquella mañana las ventanas estaban abiertas; habia en ellas macetas con flores y jaulas con pájaros, y se podia descubrir en el interior un menaje pobre, pero limpio y de buen gusto.

Los curiosos esperaban con razon que como nuevos vecinos, los habitantes de aquella casa se asomaran temprano al balcon, y no se equivocaron: una vieja vestida de negro estuvo allí un rato y luego desapareció; pero á poco se dejó ver una jóven rubia hermosísima y vestida tambien de negro.

Todos los curiosos de la vecindad convinieron, y en esto aun las mismas mujeres, que la vieja era muy fea, pero que la jóven, con sus cabellos de oro y sus ojos color de cielo, parecia un arcángel. La jóven no se retiró tan pron-

to como la anciana, y los vecinos pudieron examinarla á su sabor sin encontrarle defecto.

Tenia un aire tal de candor y de pureza, que parecia que aquel cuerpo tan bello encerraba una alma mas bella aún.

La sencillez y la elegancia de su trage pregonaban á una dama de calidad, y su color negro y la ausencia total de alhajas, indicaban que llevaba luto por algun pariente muy cercano. En cuanto á sus bienes de fortuna, podia asegurarse que eran muy medianos.

Los balcones de la cámara de Don Pedro de Mejía quedaban precisamente enfrente de los de la dama enlutada. Don Pedro se paseaba acercándose á ellos, y necesariamente llamó su atencion ver abierta y habitada la casa por tanto tiempo abandonada y sola.

Los hombres y las mujeres, cuando llegan á cierta edad y no se casan, y son ricos y no tienen grandes negocios que los preocupen, generalmente caen en el vicio de la curiosidad. Don Pedro tenia todas aquellas circunstancias, y además, su educacion descuidada no podia hacerle una excepcion de la regla.

Quiso saber quiénes eran sus nuevos vecinos, y se plantó de centinela en un balcon.

Cuando salió la vieja Don Pedro hizo un gesto de disgusto, pero no se retiró. Sin embargo, su curiosidad aun no estaba satisfecha: á poco apareció la jóven, y entonces no fué el desagrado, sino la complacencia, lo que se retrató en su semblante.

—¡Linda mujer!—pensó.—¡Y tan cerca de mi casa! Vamos, si Dios no me ayuda, caigo en la tentacion.

La jóven dirigió casualmente la vista al balcon, y Don Pedro, sin poderse resistir, le hizo un saludo cortés.

La enlutada contestó avergonzada, y Mejía comenzó á preocuparse.

Durante todo el tiempo que ella permaneció asomada, él se mantuvo firme en su puesto: por fin la dama sintió sin duda que el sol calentaba demasiado, y se entró cerrando las puertas. Don Pedro permaneció aún, hasta que perdida la esperanza de volver á verla, se separó pensativo.

En toda la mañana no pensó en otra cosa. La imagen de aquella mujer iba y venia siempre delante de él, y estaba distraido, y hubiera querido pasarse el dia sentado en el balcon para verla otra vez, pero ella no volvió á salir, y él comenzó á fastidiarse.

Llegó la hora del almuerzo, y solo Don Alonso de Rivera se sentó á la mesa con Don Pedro.

Al principio guardaron silencio, pero Don Alonso le interrumpió diciendo:

—¿Sabeis, señor Don Pedro, que teneis vecinos nuevos en la casa de enfrente?

—Sí?—contestó Mejía entre afirmando y preguntando, y turbado como si le hubieran sorprendido en un secreto.

—Sí, una señora con su hija; personas de muy buena familia: la jóven es viuda del marqués de Torre florida, que murió de la peste en Manila, cuando apenas tenia dos meses de casado con esta dama. El era un hombre ya anciano, podria haber sido su padre; pero ella se casó con él por gratitud: anoche han llegado, todavía tienen las ropas de duelo.

—¿Las conoceis?

—Tanto, que á mí han venido recomendadas por un mi amigo de Filipinas. Esta mañana he estado á hacerles una visita.

—¿Cómo se llama la jóven?

—Estela de Sandoval, marquesa viuda de Torreflorida.

—Precioso nombre.

—Hele ofrecido que si por vivir sola necesitase algo, vos que sois mi amigo tendreis gusto en serle útil, ¿es cierto?

—Cierto es.

—Como no tienen amistades, ni quieren tenerlas, porque piensan partir muy pronto para España.

—¿Vánse pronto?

—Sí, que tienen que reclamar, según me han dicho, la herencia de un tío de Estela. El marqués dejó á su linda esposa un título, pero no un caudal.

Don Pedro no contestó, y varió despues el giro de la conversacion.

Acabó el almuerzo, se levantaron los manteles, y de sobremesa Don Pedro volvió á promover el mismo asunto.

—¿Por qué—dijo—no ofreceis á esa dama una de mis carrozas, para cuando quiera salir?

—Seria inútil, porque yo tambien la hice igual oferta, y contestó que no tenia para qué salir.

—¿Cuándo volvereis á verla?

—Dentro de un momento tengo que ir á la casa.

—¿Podriais pedirle permiso para llevarme á ofrecerle mis servicios y mis respetos?

—Con mucha satisfaccion.

—Bien, no lo olvideis.

—Imposible; y tanto mas, cuanto que en este momento, si me lo permitís, me retiro, porque deben estarme esperando.

—Id, Don Alonso, que mal haria en deteneros cuando se trata de tan noble y hermosa dama como decís que es esta.

Don Alonso tomó su sombrero, bajó, atravesó la calle y

entró en casa de la dama enlutada, no sin advertir que Don Pedro estaba ya mirando desde el balcon.

La casa en que entró Don Alonso era la misma, como habrá visto el lector, en que habia entrado el Padre Salazar, engañado por el equívoco de una dama.

Don Alonso subió ligero las escaleras, y se dirigió á una estancia en que estaba la jóven del traje negro, que no era otra sino Doña Catalina de Armijo.

Don Alonso se llegó á ella familiarmente, le tomó el rostro entre las manos, y besó aquella boca fresca y perfumada como un clavel.

—Buenos dias y buenas noticias, hermosa—la dijo.

—¿Qué hay?

—El pez ha mordido el anzuelo, y es nuestro.

—Ya lo sabia yo.

—¿Cómo!... ¿Tan pronto?

—Las mujeres no necesitamos ni un año ni un libro entero para saber á qué hombre le causamos ilusion.

—Lo creo.

—Nos basta una mirada, todas somos iguales; pero no todas somos tan francas.

—Bien, ¿pero qué habeis notado?

—¡Bah! Poca cosa: vuestro hombre....

—Decid mejor nuestro hombre.

—Me es igual; pero nuestro hombre me vió apenas en el balcon y me ha saludado, y no me ha despegado la mirada.

—¿Os conoció?

—Sí.

—Pues nada me ha contado de eso.

—Otra señal; si se guarda reserva en estos casos, la cosa es hecha.

—¿Y qué os pareció?

—¿La verdad?

—La verdad.

—Un oso, un mastin ó cosa semejante, pero menos un hombre.

—Sois injusta, á fé mia.

—¿Qué importa! ¿Creeis que le admitiré por su figura?

—Creo que no.

—Con tal de que tenga las demás cualidades que me habeis dicho.

—Las tiene.

—Entonces dejad que sea un nahual, cerraré los ojos.

—Héle contado cuanto hemos convenido, no lo olvideis.

—Descuidad, que sabré hacer muy bien mi papel: ¿y cuándo vendrá?

—Esta noche.

—Me alegro.

—Preparaos bien.

—Ya, ya vereis si vos mismo no quedais satisfecho de la marquesa viuda de Torre florida.

Y Catalina tomó un aire de gravedad y de modestia y de aristocracia que le sentaba á las mil maravillas.

—Sois encantadora—dijo Don Alonso volviendo á besarla.

—Ya estais al tanto de todo, y me voy.

—¿Conque esta noche?

—A las ocho. Adios, Estela.

Don Alonso salió y Doña Catalina se paró delante de una pequeña luna á estudiar el modo de darle mas gracia á su fisonomía.

Entretanto Don Pedro cerca del balcón pensaba:

—¡Una marquesa! ¡Y tan linda! ¡Este lance no debe perderse!

XVI.

Cómo Garatuza conoció á un su amigo y fué reconocido por otro.

EL virey se preparó á dar audiencia y recibir felicitaciones, y Garatuza, que comprendió que allí nada tenia que hacer, sin decirle palabra de lo que habia pasado con Don Baltasar de Salmeron, salió á la calle ostentando su librea de la servidumbre del marqués de Cerralvo.

No faltaban en la plaza multitud de curiosos que ansiaban por conocer al nuevo virey, á quien no habian podido ver la víspera.

Garatuza se deslizó entre los grupos procurando escuchar las conversaciones.

De repente volvió el rostro con viveza, porque llegó á sus oídos una voz que le era muy familiar.

En uno de los grupos habia varias personas conversando, y entre ellas se distinguía por su elevada estatura un negro vestido con bastante lujo.

Martin le miró atentamente, y luego sin vacilar se dirigió á él.